MESA REDONDA

23 Febrero 2011

PILAR ALTAMIRA

Mi más sincero agradecimiento a la Diputación de Alicante representada por su Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, que a lo largo de los años no ha dejado de interesarse por la figura de Rafael Altamira colaborando a través de publicaciones, encuentros, etc. actualmente en las personas de su Director Francisco Sánchez y de Pepe Ferrándiz, trabajador incansable por el éxito de estas Jornadas.

Desde el verano del 2010, especialmente en América y en algunos lugares de España, he escuchado a mexicanos, argentinos, sevillanos o alicantinos, hablar incesantemente sobre la vida y la obra de Rafael Altamira. Historiadores, juristas o pedagogos, todos ellos debatían sobre su obra y cada uno intentaba demostrar que la materia que él trabajaba era la predominante en la trayectoria profesional de Altamira. Debatían si Altamira era más historiador que jurista, otros afirmaban que era el Altamira jurista el que siempre estaba presente en cualquier manifestación de su trabajo, pero todos coincidían en valorar no sólo la importancia de su labor sino el impacto, la huella y el impulso que su esfuerzo dio, tanto a la cultura en los países americanos como en España, eminentemente desde su puesto de primer Director General de Primera Enseñanza, y como en su acción europea.

En estas Jornadas, hemos vuelto a escuchar brillantes intervenciones todas ellas entorno al tema central: ***IDEA Y ACCIÓN HISPANOAMERICANA.***

En resumen, queda claro que la faceta de Altamira sobre la que se incide con más frecuencia es la americanista. Ese aspecto, sin duda importantísimo y muy oportuno cuando hemos celebrado el centenario de su viaje a América, una vez pasado este no deja de ser una faceta más de la enorme actividad de un Altamira que estudia la Historia de España y de la Civilización española, que investiga la Psicología del pueblo español, que lucha por mejorar la situación de la mujer en España, que se preocupa por el respeto hacia los derechos humanos, por la educación de los trabajadores, que instaura la Historia del Derecho y la Filosofía del Derecho, que participa en

primera línea en la consolidación de la Sociedad de Naciones y que redacta los Estatutos del Tribunal de Justicia Internacional de La Haya, en 1920.

Es bien cierto que los grandes ejes que impulsaban las ideas de Rafael Altamira eran dos: su idea americanista, que pertenecería al ámbito de la historia, y una preocupación profunda por la aplicación de la justicia, de las leyes sociales, de los derechos humanos, de la paz, todo ello con origen en su formación jurídica, pero no voy a detenerme más en esas disquisiciones.

Más bien voy a dar un giro, para dirigirme a mi tesis particular: lo que a mí más me interesa, y siempre lo he manifestado así, colocar el punto de mira en el ser humano que latía tras el jurista o tras el historiador, el político o el pedagogo. Hecho este análisis, llego a la característica que hoy quería resaltar: ALTAMIRA CONCILIADOR.

Hace días, asistí a la presentación de un libro sobre la nobleza indígena, de un especialista español en Derecho Indiano, y en el coloquio lógicamente se mencionó a Altamira y otro historiador mexicano afirmó rotundamente: ¡Altamira era un conciliador nato!

Pensé mucho sobre esta exclamación y llegué a la conclusión de que era totalmente cierta. Quizá deslumbrados por su capacidad intelectual como historiador, jurista o educador, no hemos estudiado lo suficiente características suyas que no corresponden en exclusiva a una mente preclara, sino que necesitan de un refinadísimo espíritu que las impulse. Es a ese nivel, donde se encuentra el Altamira conciliador al que me quiero referir.

Si lo analizan en profundidad, apreciarán que no es lo mismo *pacifista* que pacificador. Un pacifista detesta la guerra, huye de la violencia externa, pero un *conciliador* no se detiene solamente en las circunstancias externas, se preocupa, de acercar posturas, de educar a los individuos, sin duda huye de la violencia pero lo hace de una forma sutil, con una mayor delicadeza. Si aplicamos esta hipótesis a las diversas áreas en las que se movió Altamira, veremos cómo actúa su espíritu conciliador.

Puedo mostrar algunos ejemplos: Altamira desde su autoridad como Director General de Primera Enseñanza, ejerce de conciliador subiendo los sueldos a los maestros y suavizando así las tensiones entre ellos y la Administración pública.

Cuando viaja a América, su actitud allí fue claramente conciliadora. Indudablemente, no sabía previamente cual iba a ser la recepción que le esperaba por parte del pueblo americano, pero se arriesga e intenta aproximar las posturas de americanos y españoles a través de un mutuo conocimiento, de establecer convenios, intercambios, congresos y tratados que propicien unas relaciones más cercanas y cordiales. En todos los países visitados, su comportamiento fue el mismo, conciliador. Porque ¿qué significa uno o dos tropiezos ocasionales frente a los resultados obtenidos y el recibimiento entusiasta de estudiantes, profesores, políticos y del público en general a lo largo de un recorrido de nueve meses por siete países americanos? No cabe duda que, como muy bien analiza Gustavo H. Prado en su publicada trilogía sobre el viaje de Altamira y su paso por Argentina, en el éxito irrepetible de ese viaje ahí no sólo jugó la perfecta planificación del Rector de Oviedo, ni el inesperado entusiasmo de la población de emigrantes arraigados en esos países, sino la preparación y el don de gentes, esa actitud amable y conciliadora habitual en Rafael Altamira.

Más adelante, al estallar la Primera Guerra Mundial, abomina de ella y de los horrores cometidos, pero aporta ideas, soluciones para preparar las conciencias lejos del campo de batalla, en una situación de posguerra o como en el caso de España respecto a su postura de neutralidad, mostrando la posiblidad de realizar otras ocupaciones, trabajos, etc que aporten algún tipo de beneficio a los ciudadanos. Por ejemplo, siempre atento a la educación, aconseja preparar a niños y adultos de las zonas neutrales de una manera práctica, enseñándolos a trabajar y a vivir en un ambiente de serenidad que vaya limpiando los odios y que genere salud mental y actitudes conciliadoras entre los pueblos.

En su importante libro "**La guerra actual y la opinión española**", escrito en 1915, explica cómo puede hacerse esto sin caer en la indiferencia, ni en un puro idealismo, sino de una manera práctica como he dicho, que inculque a las gentes el deseo de la paz y el rechazo total a juicios partidistas y actitudes violentas e intransigentes a favor, como él mismo dice "*de escuchar la voz de la razón y obedecer los impulsos humanitarios*". Como verán, tanto en este texto como en otros muchos de Rafael Altamira, su ideología mantiene hoy día la misma vigencia que cuando fue formulada.

Por supuesto sigue dando continuas muestras tanto de su pacifismo como de su estilo conciliador en su trabajo como Juez, desde su puesto en el Tribunal de Justicia Internacional de La Haya, en el proceso de consolidación de la Sociedad de Naciones, así como en la creación y puesta en marcha del Tribunal. Durante los 14 años que vive en Holanda se relaciona muy amigablemente con los más importantes juristas de los países adheridos a la Sociedad de Naciones, lucha siempre por la Paz estableciendo tratos y convenios en beneficio de todos.

Es este evidente talante negociador de Altamira el que propicia la confianza en el consejo de Rafael Altamira que numerosos personajes de primera línea de la política internacional manifestaron, desde el rey Alfonso XIII, la reina Guillermina de Holanda, el Presidente de la República francesa o el Presidente Wilson de los Estados Unidos, el cual en varias ocasiones consultó la opinión de Altamira en temas políticos de gran importancia para Norteamérica. Y lo hizo confiando evidentemente en la ecuanimidad de su opinión y en ese talante conciliador.

Durante sus años políticamente más activos, también demuestra su tolerancia y sin traicionar sus ideas republicanas, alterna amigablemente con la monarquía y contrasta su propia ideología con las de otros grupos políticos más o menos próximos, siempre intentando conciliar, no enfrentar.

Curiosamente en el ocaso de su vida, cuando se exilia a México se encuentra con una situación que parece perseguirle y que le exige continuar demostrando ese espíritu conciliador. A su llegada al DF es recibido con afecto por sus compatriotas republicanos, pero esos grupos practican distintos enfoques de la idea republicana y de hecho, estaban enfrentados entre sí. Pues bien Rafael Altamira, entre la espada y la pared, tiene que conciliar no una sino varias posturas para conseguir un mayor entendimiento.

Resulta conmovedor su deseo, si llegara a ganar el Premio Nóbel, de dedicar íntegro el importe del Premio a crear una Fundación de defensa de la Paz. Esta era su forma de hacer las cosas.

Todos los aspectos que he ido desgranando de una manera muy rápida respaldan mi propósito adquirido hace más de treinta años, de conseguir que la figura y la obra de Rafael Altamira, no caigan en la indiferencia, ni en el olvido. No es fidelidad, es el convencimiento firme de que hablamos de un personaje

de una altura como pocos intelectuales españoles han logrado, que consiguió crear una escuela de historiadores, de juristas, de pedagogos y que su visión en los múltiples campos que abarcó fue tan avanzada, pionera en muchos sentidos, es la causa de que aún hoy sus ideas se mantengan plenamente vigentes.

Uno de los "padres de la Constitución Española", me dijo en una ocasión: "*Pilar, a tu abuelo se lo recibía en las Cortes europeas con honores de Jefe de Estado*" En América acabo de comprobar que no lo olvidan.

Es por esto, insisto y lo tengo bien claro, que es en España prioritariamente, rogaría a todos los españoles sensibles lo tuvieran presente, donde hay que emprender una campaña, poner el máximo empeño en elevar a uno de nuestro mayores sabios a la altura que le corresponde.